



S. PEDRO GONZALEZ TELMO.

arrojó á los piés de Jesucristo, y los regó con sus lágrimas; el publicano suplicó al Señor que tuviese misericordia de él; el centurion Cornelio consiguió que sus oraciones y limosnas subiesen hasta el mismo Dios, y se compadeciese de su ceguedad. Mas procura que á estas obras precedan siempre muchos actos de contrición, y no te descuides de recurrir al sacramento de la penitencia.

---

SAN PEDRO GONZALEZ TELMO, CONFESOR.

Por los años del Señor de 1185, reinando en Castilla Fernando II, nació san Pedro Gonzalez, llamado comunmente Santelmo. Su patria, aunque ha estado en disputa, todos convienen en el día que fué Frómista, villa y cabeza de marquesado, que tiene la gloria de haber dado al mundo cristiano un hijo tan benemérito. Sus padres eran nobles y ricos; pero tuvieron que hacer poco en la educacion y crianza de Pedro, habiéndolo tomado este cargo sobre sí un tío suyo llamado don Tello, que era á la sazón canónigo, y despues fué obispo de Palencia. Esta ciudad que de tiempos muy antiguos florecia en letras, y en donde habia estudiado santo Domingo, dió á nuestro jóven maestros hábiles que le instruyesen; y como á las lecciones acompañaban los saludables consejos del tío, y su aplicacion infatigable, llegó á poseer la gramática, retórica, dialéctica y otras de aquellas artes que suelen llamarse liberales. Para todo daban ocasion las bellas disposiciones con que el cielo habia liberalmente dotado á nuestro mancebo, haciéndole de un entendimiento despejado, y de una docilidad tal, que admitia sin resistencia cuanto sus maestros le enseñaban. Como á su ciencia se juntaba una con-

ducta juiciosa é irreprensible, no pasó mucho tiempo sin que uno y otro fuese premiado con una canongía que obtuvo en la misma iglesia de Palencia. No pararon aquí los honores con que el mundo risueño quiso premiar su verdadero mérito y literatura. Esta habia crecido con la aplicacion y con los años, y el cielo, que le preparaba ocasiones de grandes victorias y merecimientos, quiso que el mundo mismo le guardase justicia, siendo promovido por breve pontificio á la alta dignidad de dean de la misma iglesia en que era canónigo.

Una dignidad eclesiástica debiera haber llenado de turbacion y sobresalto el corazon de quien la mirase por aquel lado que manifiesta sus terribles obligaciones; pero nuestro jóven Pedro la miró solamente como un empleo brillante, que le proporcionaba riquezas y ocasiones de gastarlas con ostentacion y magnificencia. En medio de sus buenas disposiciones, y de sus principios de virtud, sintió toda la fuerza con que la edad juvenil provoca las pasiones, y no tuvo valor suficiente para resistirla. Era jóven, era airoso de cuerpo, y al mismo tiempo tan afable y obsequioso, que todos los demás jóvenes le amaban sin envidia y le admiraban sin emulacion. Para hacer ostentacion de su bizarría y gentileza, y al mismo tiempo celebrar la nueva dignidad de dean, resolvió salir por la ciudad á caballo, acompañado de una lucida comitiva que sirviese á su mayor lucimiento: alarde vano, aconsejado por el orgullo, pero que tornándose en humillacion suya, debia desengañarle de las pompas y falsas brillanteces del mundo.

La gracia de Dios, dice el gran padre san Agustin, esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida; y cuando menos lo piensa el hombre, se encuentra, ó con la exhortacion, ó con el ejemplo, ó con el milagro, ó con el peligro, ó con otras casua-

lidades que parecen caprichos de la fortuna, pero no son sino consejos de la divina Sabiduría, misericordias de nuestro Dios, y artificios verdaderos de la gracia. Así le sucedió á Pedro. Manda enjaezar un soberbio caballo en que compitiesen el primor, el artificio y la riqueza; y montando en él, sale por la ciudad á hacer ostentacion, mas de la gentileza y hermosura de su persona, que de la alteza y consideracion que se debia á su dignidad. Una gran cuadrilla de nobles jóvenes, ricamente vestidos, hacian compañía á Pedro, sirviendo á su vanidad, y al mismo tiempo procurando competir con él en el lucimiento y en la gallardía. Recorren las calles públicas, acompañados de un innumerable concurso que por todas partes los admira. Las ventanas y balcones estaban llenos de gentes que en repetidos vivas manifestaban su admiracion y regocijo por la ventura de Pedro. Entre tanto llega este á una plaza la mas pública y la mas llena de gente. La satisfaccion, la alegría, la soberbia, la vanidad, el deseo de gloria y de mas aplauso se apoderan de su alma; y queriendo hacer alarde de su destreza en correr y manejar el caballo, aplicale con fuerza las espuelas, corre precipitadamente, pero en medio de la carrera (¡ó vanidad del mundo!) tropieza el caballo, y da con nuestro jóven en medio de un lugar fétido y cenagoso, en donde teniendo que revolcarse muchas veces para salir, se llenó de tanta hediondez, suciedad y porquería, que excitó la risa y gritería del inmenso gentío que le miraba. El aplauso se convierte en desprecio, la admiracion en risa y chacota; comienzan á silvarle; comienzan á zaherirle con pullas y sátiras; de modo que fué mayor la confusion, vergüenza y abatimiento en un solo instante, que el aplauso, admiracion y triunfo con que habia sido celebrado en toda la carrera. Así quiso Dios llamar para sí á este jóven, y hacer que renaciase á la vir-

tud por medio del escarmiento, en el mismo día en que el Verbo encarnado quiso nacer en el mundo.

Luego que Pedro advirtió la burla y escarnio que se hacia de su persona, ilustrado por una luz superior, conoció la vanidad de este mundo, lo falso de sus pompas y vanidades, y cuan poco se debe fiar de sus glorias y aplausos aparentes. Determinó despreciarle, quiso tomar de él esta justa venganza en el mismo lugar en que habia recibido de él tanto desprecio; y así, con voz clara que todos pudieron entender, prorumpió en estas razones: *Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silben en el mismo día en que yo le hacia el mayor sacrificio, tambien yo me burlaré de él, vengándome de sus falsedades y cautelas; y para que no tenga ocasion de hacer de mi nuevo escarnio, prometo dejarle desde ahora, y retirarme adonde pase mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas.* No eran estos propósitos de aquellos que á manera de fuegos fatuos se desvanecen con la misma facilidad con que se forman. El misericordioso Dios, que sabe con sabiduría infinita el arte maravilloso de sacar bienes de los males, como dice san Agustín, habia fijado en el corazón de nuestro jóven escarnecido el desprecio del mundo y el arrepentimiento de sus excesos.

Aquella luz sobrenatural con que habia sido ilustrado, le enseñó que no debia retardar al cielo sus votos; sino que, á medida del fastidio que habia concebido su alma á todas aquellas vanidades que arrebatában antes sus sentidos, debia ser el esfuerzo y prontitud en abandonarlas de una vez para siempre. Mirábase como una nave agitada de los vientos, expuesta á ser sumergida en las inconstantes olas, mientras no anclase en puerto seguro. El consejo de san Jerónimo, escribiendo á Heliodoro, de que para

dejar el siglo se debe hacer lo mismo que para abandonar un puerto peligroso y mal seguro, esto es, cortar los cables con presteza sin detenerse á desatarlos, acabó de decidirle. Florecia en aquel tiempo en España la religion de santo Domingo, cuya doctrina y fervor estaban todavía muy recientes en la memoria y operaciones de sus hijos: á este sagrado instituto resolvió acogerse el jóven Pedro, como á un asilo seguro contra los peligros del mundo; y así, renunciando con admiracion de todos á sus riquezas, títulos y dignidades, tomó el hábito de religioso en el convento de dominicos de Palencia.

Luego que se vió libre de los lazos que hasta entonces le habian impedido caminar á la perfeccion, comenzó á ejercitarse con tanto ardor en todo género de virtudes, que en breve fué el modelo y admiracion de los mas provechosos religiosos. No parecia sino abeja solícita y oficiosa, que recogiendo de los demás hermanos las flores de virtud en que resplandecian, formaba en sí mismo un panal delicioso con que recrear al Espíritu divino. Pasóse el año de noviciado, en que dió muestras mas de un hombre consumado en todo género de santidad, que de un novicio en el ejercicio de servir á Dios; y habiendo llegado aquel día suspirado y dichoso en que habia de hacer profesion, se preparó con lágrimas, oracion, ayunos y penitencias, y ofreció al Todopoderoso un agradable sacrificio de sí mismo sin reservarse en este mundo nada. Prometió vivir en perpetua obediencia, en castidad pura y en pobreza voluntaria, tres lazos sagrados con que quedó separado del siglo y preso para siempre en el amor y servicio de Dios.

No retardó el cumplimiento de sus promesas, pues todo el fervor con que habia servido en el año de noviciado, se duplicó y creció excesivamente despues que se vió admitido en la milicia de Jesucristo. Su cas-

tividad era angélica, y se dejaba ver la pureza de su corazón en todos sus movimientos, en todas sus obras y palabras. Prevenía la voluntad de sus superiores; y hecho cargo de que es mas grata al Ser supremo la obediencia que las víctimas, nada hacia que no procurase cuidadosamente que fuese hecho por obediencia. Toda su riqueza era el ser verdaderamente pobre, despreciando por Cristo no solamente los bienes terrenos con que lisonjea el mundo á sus partidarios, sino las esperanzas de poseerlos. Su vestido era pobre, pobre el ajuar de su celda, y cuantas cosas tenia para su uso manifestaban claramente la verdadera pobreza de su espíritu. La oracion, en la que sentia delicias inexplicables, era su mas continuo ejercicio; y si habia de interrumpirla, era para ocuparse en otros ejercicios devotos, en penitencias, y en las obligaciones comunes que prescribe la regular observancia. Con estas cualidades se hizo amado de todos, y todos hallaban en el santo jóven un maestro provecto en todo género de virtud. No podia contenerse dentro del monasterio el buen olor de Cristo que exhalaba su santa vida; y así dentro de poco tiempo creció tanto la fama de su santidad, que aun en los lugares mas remotos era conocida y admirada. Pero no es de maravillar que sucediese así; pues era tal la admiracion, y juntamente la alegría, que causaba en sus hermanos la celestial vida de Pedro, que adonde quiera que iban la predicaban por admirable, y la proponian á todos como modelo de la perfeccion evangélica.

No se contentó con esto este ejemplar religioso; reflexionó que la órden sagrada que habia profesado, no se habia instituido sino para ganar almas para el cielo por medio de la predicacion. Para este ejercicio sabia que era necesario, además de la integridad de costumbres, una ciencia nada vulgar sobre los dogmas y misterios de la religion. Aunque habia sido canónigo

y dean de una iglesia respetable, como en su promocion habia tenido tanta parte el favor, le pareció que todavia carecia de aquella instruccion y conocimientos que deben adornar á los ministros del santuario, para ser útiles á sus prójimos por medio de la enseñanza. Con esta persuasion se dedicó con actividad al estudio de la sagrada teología; y como su entendimiento era despejado, su aplicacion continua, y sus deseos de saber sencillos y bien ordenados, en poco tiempo hizo rápidos progresos. Bebia con ansia en los sagrados libros el agua de la católica doctrina, y era tal el deleite que sentia en este estudio, que le sucedia pasar las noches enteras insomnes sin poderse apartar de los libros. De este modo iba haciendo en su memoria un rico depósito de sentencias y doctrinas, de que llenó despues aquellos vivos discursos que tantas almas ganaron para el cielo.

Al mismo tiempo tenia delante de los ojos la vida del patriarca santo Domingo, en donde como en un espejo veia todas las cualidades y dotes de que debe estar adornado aquel que predica la palabra de Dios. Allí aprendió á juntar con la ciencia sagrada una humildad profunda, una continua oracion, un desprecio verdadero del mundo, un zelo ardiente de la salud de sus prójimos, la maceracion de su carne y mortificacion de sus sentidos, y últimamente, á no hacer venal la palabra de Dios, sino á derramarla liberalmente, segun el precepto evangélico: *Dad de valde lo que de valde habeis recibido*. Vieron los superiores de Pedro que en breve tiempo se habia dispuesto, no solamente para obtener el sacerdocio, sino para la administracion del sacramento de la penitencia y predicacion del Evangelio; y así dispusieron que se ordenase de presbitero, concediéndole al mismo tiempo las facultades y licencias necesarias de confesar y predicar. Todo lo recibió el santo jóven con sumision

y con temor, porque no osaba contradecir á las disposiciones de sus preladados, y por otraparte sabia la responsabilidad de los que son administradores ó dispensadores de la sangre de Cristo y de su doctrina.

Constituido predicador y confesor, ¿quién podrá decir el fervor, el zelo, el fruto con que comenzó á ejercer ministerios tan altos? Enseñaba á todos el camino de la salud, no solamente con las palabras, sino mucho mas con las obras. Si advertia que alguno tenia necesidad de expiar sus delitos por medio de la confesion sacramental, le rogaba, le exhortaba, y no se daba sosiego hasta lograr que se confesase. Dejaba la mesa, abandonaba cualquiera obra comenzada, y emprendia largos y penosos viajes, siempre que concebía esperanzas de ganar el alma de su prójimo. Cuando se hospedaba fuera del convento, aunque fuese en casa de algun grande señor, exhortaba al dueño de la casa y á toda su familia á que se confesasen; y para esto les hacia unos discursos tan vivos y patéticos sobre la fealdad del pecado mortal, sobre el rigor de las penas del infierno, sobre el estado pacífico y venturoso de los que están en gracia de Dios, que jamás salió de casa alguna sin convertir y confesar á todos: tanta era la fuerza y artificio con que sabia persuadir, y tanta la unción que el Espíritu Santo comunicaba á sus palabras, haciéndolas espadas de dos filos que llegaban hasta dividir el espíritu, como dice san Pablo.

Tanta virtud y sabiduría, tanta gracia y poder para sembrar la palabra de Dios, no podian menos de ganar mucha reputacion á nuestro santo, aunque con harto sentimiento de su humildad. La fama, que tiene á su cargo hacer notorio al mundo cuanto ocurre en él de singular, sea bueno ó sea malo, llevó el nombre de Pedro hasta al palacio del católico rey

san Fernando. Luego que este oyó las maravillas que se decian de él, deseó tenerle á su lado, para que sus oraciones y consejos le sirviesen de apoyo para sostener el peso de la corona. Hallábase á la sazón empleado en echar de España la morisma, que tantos años habia la tenia infestada con su dominacion, con su crueldad y con sus brutales costumbres. Tenia declarada guerra á los Moros, y como conocia que el Dios de los ejércitos es quien reparte las victorias, sin que nadie pueda confiar en el poder de sus armas ni en la multitud de sus soldados, deseaba que en sus escuadrones brillase mas la rectitud y buen orden de las conciencias, que lo vistoso de las evoluciones y de las armas. Siempre fué cierto que la semejanza de costumbres produce amor y cariño, y mucho mas si las costumbres son santas y arregladas; y así Fernando III, que era santo, no sosegó hasta que vió á su lado al religiosísimo fray Pedro Gonzalez, que tambien lo era. Conocia el piadoso rey, que para contener la licencia que se propaga fácilmente con el estrépito de las armas, se necesitaba un espíritu no menos fervoroso que prudente, y que supiese segun las circunstancias argüir, rogar y reprender, á veces con el fuego y zelo abrasador de un Elías, y á veces con la dulzura y benignidad de un Juan evangelista.

Como lo pensó, así lo vió con sus ojos confirmado por los efectos; pues apenas entró san Pedro en los reales de Fernando, cuando á manera de trueno comenzó á sonar su voz contra los vicios. Predicaba incesantemente, enseñaba la doctrina cristiana á los soldados, los juntaba en cercos y compañías, y les hacia unos discursos tan vivos, tan amorosos, y tan persuasivos, que en breve tiempo se vió el ejército tan mejorado, que eran ya otras sus costumbres y otros los fines santos con que los soldados peleaban contra los Moros. La honra y gloria del Dios de las batallas

eran los dos principios que movian sus corazones: por ellos lograban esfuerzo sus brazos, y por este esfuerzo consiguió Fernando diferentes victorias, siendo una de las mas importantes y señaladas la que le hizo dueño de la famosa ciudad de Córdoba, capital de uno de los reinos que habian formado en España los Moros. Una virtud tan sólida, unos ejemplos tan brillantes, una libertad tan evangélica para reprender los vicios, ni podia dejar de ofender á los viciosos, ni de excitar la malignidad de sus corazones para que pensasen en perseguirle: fué muy singular el género de persecuciones que tuvo que sufrir nuestro santo, y la manera con que salió victorioso de ellas.

Estaban en conversacion cierto dia algunos señores grandes de los que formaban la corte de Fernando. Entre los varios objetos sobre que versaron sus ociosos discursos, fué uno el bendito religioso, opinando unos que su conducta irreprochable, su zelo ardiente, y la frugalidad con que vivia, eran dignos de la mayor veneracion; mientras por el contrario otros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que toda su vida y sus acciones eran animadas únicamente por la ambicion y la hipocresía. Oyó la disputa una mujer liviana de las muchas que suelen infestar los ejércitos, y determinándose desde luego por aquel modo de pensar que congeniaba con sus indecentes costumbres, les pidió algun premio, y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á san Pedro. Aceptaron la propuesta como que era lo que mas apetecian sus corazones. Éranles sumamente pesadas las reprehensiones de nuestro santo, y creian que si aquella mujer lograba inducirle á pecado, se verian libres de sus censuras y tendrían en lo sucesivo un salvo conducto para vivir en el desorden. ¡Cuánto se engañan los mundanos cuando pretenden medir las acciones de los siervos de Dios por las suyas, y calcular sus

resoluciones por las que ellos tomarian, segun su depravacion, en determinadas circunstancias!

Concertados, pues, en el precio, salió aquella mujer diabólica á poner en ejecucion sus depravados consejos; y armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hizole saber por un criado, que estaba allí una mujer que deseaba hablarle para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó san Pedro que se le presentaba alguna buena ocasion en que la honra de Dios y la salud de sus prójimos habian de tener algun grande provecho; y sin imaginar siquiera que podia ocultarse algun lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella mujer en la cámara en que estaba. Apenas se vió la astuta cortesana en presencia del santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus piés de rodillas, y con suspiros, que hubieran engañado á cualquiera que fuese menos cándido y sencillo, le pidió que la confesase. Estaba ya muy cerca la noche, y temiendo el santo que si comenzaba á confesarla se podria seguir alguna nota, la pidió que viniese el dia siguiente, y entonces con tiempo y comodidad la confesaria. « Santo padre, respondió la mujer, la fama de tu virtud es notoria por todo el mundo; yo sé muy bien el ardor con que procuras la salud de las almas y la conversion de los pecadores. Esto mismo me ha traído á tus piés á hacer una confesion ingenua de mis pecados, para de aquí en adelante mudar enteramente de vida. Por tanto te conjuuro en el nombre de Dios que me oigas al presente, y permitas que haga confesion de mis pecados, bien cierto de que si en esta noche me sucediese algun accidente, de modo que muriese sin confesion por culpa tuya, tú serias en el tribunal de Dios reo de mi

condenacion, y responsable de la perdicion de mi alma.»

Consternóse el santo varon viéndose conjurado de aquella manera; comenzó á escrupulizar y temer la perdicion de aquella alma, y resolvióse á oirla en confesion: para este efecto retiróse á un lugar mas secreto y apartado, y teniendo á sus piés á aquella mujer infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la cruz es un signo no menos odiado y temido del demonio que de sus ministros. En lugar de persignarse, y hacer la confesion que habia prometido, comenzó á poner en ejecucion sus depravados intentos. Significó al santo con las palabras mas seductoras y encantadoras, que tenia el alma abrasada por su amor, al cual si no correspondia, debia tener por cierto que la era imposible vivir. A estas añadió otras razones, lágrimas, suspiros, y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de mas activo para hacer valer sus astucias y engaños. La oscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion, y un amor, aunque falso, bien fingido y ponderado, eran circunstancias que hacian la tentacion de las mas terribles y peligrosas. La repentina fuga parece que era el remedio mas oportuno; pero ¿quién será capaz de averiguar las diversas maneras con que manifiesta la gracia su poder, y con que quiere Dios ser admirable en sus santos!

Quedó san Pedro atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero inspirado del cielo, pensó en ver cómo podria ganar aquella alma, no con ásperas reprehensiones ni terribles amenazas, sino con razones blandas, y venciendo las astucias del demonio con santos y saludables artificios. La gracia y la verdadera virtud tienen tambien sus industrias, y cuando se atraviesa la gloria de Dios

y el provecho de los prójimos, son sumamente ingeniosas en sus proyectos. «No permita Dios, respondió el santo á la propuesta de la mujer, no permita Dios, hija mia, que sea yo causa de tu mal, ni de que mueras de repente: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco estarás libre del peligro; pero es menester que esperes un rato mientras dispongo el lecho, que está descompuesto y desaseado.» Dicho esto, se apartó de ella, y juntando un grande monton de leña, hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la mujer, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de su hermosura; pero apenas se presentó, cuando el castísimo religioso tendió su manto sobre la hoguera, y echándose encima, la dijo: «Si tan grande es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él, y satisfacerle en este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa.» Dicho esto, revolcábase el santo en las voraces llamas, sin que estas le dañasen ni aun le chamuscasen el hábito.

Acechaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver vencida la virtud del santo padre, aquellos cortesanos que habian excitado y ofrecido premios á la infeliz seductora. Pero cuando vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con que el santo estaba entre las llamas, y en estas repetido el milagro del horno de Babilonia; ¿quién será capaz de decir la admiracion, la sorpresa, el temor y la consternacion que se apoderó de sus corazones? Abrieron repentinamente las puertas, y avergonzados y contritos se echaron á los piés del santo, confesaron su delito y le pidieron perdon de él, venerando de allí en adelante su santidad tanto como antes habian murmurado de ella. La deshonesta mujer confusa y avergonzada no sabia qué partido tomar; pero el Espíritu Santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad